Domingo XXV – La Justicia de Dios es Bondad

Hoy la liturgia nos propone para nuestra meditación la parábola de los obreros de la última hora. Un hombre sale temprano a contratar jornaleros para su viña y arregla con ellos en un denario (el jornal habitual en esos tiempos). Luego, sorprendentemente, sigue saliendo en busca de trabajadores hasta la última hora de la jornada. En consecuencia, los primeros trabajaron la jornada completa de 12 horas, mientras que los últimos en llegar trabajaron solo una hora. Pero al momento de pagar, el propietario da a todos lo mismo. Uno de los primeros se queja: "Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno". A lo cual el propietario responde: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?". Esta respuesta no nos convence: la conducta del propietario puede ser justa desde el punto de vista legal o contractual, pero no parece justa con respecto al mérito de cada uno.



Domenico Fetti, *Los obreros de la hora undécima* (1619-1621, Gemäldegalerie, Dresde)

Hay una escena, sin embargo, que puede darnos una clave para entender el sentido del relato. En su última salida, el propietario encontró todavía algunos en la plaza. Les pregunta: "Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?". Le respondieron: "Nadie nos ha contratado". Él les dijo: "Vayan también ustedes a mi viña". Esto introduce otra perspectiva: la del *don*, que compensa la diferencia de oportunidades. Por un lado, quienes llegaron a lo último no habían tenido la posibilidad de llegar antes porque nadie los había contratado. Por el otro, los que trabajaron toda la jornada tuvieron la oportunidad de hacerlo porque fueron contratados desde el comienzo. Así se entiende, finalmente, la conducta del propietario: salir

durante todo el día a buscar trabajadores no tiene sentido desde el punto de vista económico, pero sí lo tiene si lo que lo mueve es la bondad, darle a todos la oportunidad de trabajar en su viña.

De todo esto debemos concluir que la justicia de Dios trasciende la justicia humana. Como dice la primera lectura de hoy (Isaías 55): "Mis planes no son los planes de ustedes, sus caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los de ustedes, y mis planes de los planes de ustedes". El acto de pagar a todos lo mismo significa que el don de Dios alcanza a todos, compensando las diferencias de oportunidades que presenta la vida en este mundo. Esto no contradice el mérito, pero le niega un carácter absoluto: en el origen del mérito, es decir, de la posibilidad de merecer, está también el don de Dios.

Esta parábola tiene ante todo un sentido personal. El jornalero quejoso no ha sido capaz de reconocer el don que significa trabajar en la viña de su patrón toda la jornada. Por eso se aferra, no tanto al dinero (de hecho, se hubiera conformado con lo suyo si el dueño no hubiera pagado lo mismo a los que llegaron después), sino a su propio mérito, a su pretensión de superioridad. Por eso mira al costado (lo que el propietario da a los últimos) con "malos ojos" (envidia, celos), como si lo que reciben los otros le hubiera sido sustraído a él. Una actitud de inmadurez, a la manera de los niños pequeños que tienen celos de lo que los padres dan a sus hermanos porque son incapaces de valorar lo que ellos mismos han recibido.

Esta historia se refiere de un modo directo a los fariseos, que no aceptaban la misericordia de Dios y de Jesús con los pecadores: "si Dios los trata a ellos igual que a nosotros, ¿de qué nos vale cumplir?" Como si ser justo no fuera ya en sí obra de la gracia, y no fuera ya en sí la mayor recompensa que podemos recibir. Y de aquí podemos extraer un sentido más general: no reconocer el don de Dios nos genera ansiedad por nuestros merecimientos y, por lo tanto, nos lleva a mirar al costado, compararnos con los otros, y vivir la generosidad de Dios para con ellos como un agravio personal.

También podemos darle a esta parábola un sentido social. Recordemos la discusión recurrente sobre la meritocracia. Es cierto que el mérito como criterio único de justicia lleva a la rigidez y a la exclusión, porque no todos disponen en la vida de las mismas oportunidades. Pero el igualitarismo, que descarta toda consideración del mérito, suprime cualquier estímulo para el esfuerzo y la superación. Frente a esta aparente disyuntiva, Benedicto XVI proponía el principio de la *gratuidad*, que no excluye el mérito, pero lo trasciende, como una "lógica del don" que compensa desigualdad de oportunidades. Una sociedad sin gratuidad ni siquiera puede ser una sociedad justa.

El propietario le dice al quejoso: "Toma lo tuyo y vete". El don y la oportunidad más grande que había recibido este trabajador era, en el fondo, el vínculo con el propietario: poder participar de su generosidad, de su solicitud por traer a todos a trabajar a la viña, y malogra este don a causa de su envidia. Que nosotros podamos celebrar la bondad de Dios hacia los demás, sin celos: lo importante no es quién merece más o quien merece menos, sino que todos podamos trabajar juntos, como verdaderos hermanos, en la Viña del Señor.

P. Gustavo Irrazábal

20-09-26